

protección y, para que no pueda negarme, me echas en cara el pasado.

—¡Ah, Carlos... mi querido Carlos! Puedes creer... He bebido quizás demasiado y...

—Cierto que has bebido en demasía, pero tu embriaguez no te hace olvidar tus intereses. Dices lo que quieres decir. Poco importa lo demás. Intentaré colocarte otra vez, reservándome tu vigilancia.

—¡Oh! es inútil—tartamudeó Loustalot,—estoy hecho un hombre hon... hon... honrado.

Tenía sobrados motivos para descomponer el adjetivo.

Retiróse el jardinero, y, después de haber tomado de un armario su traje de fiesta, se despojó del que usaba para el trabajo.

—¿Qué haces?—preguntó Loustalot, cuyos ojos empezaban á nublarse y cuyos codos se inclinaban hacia la mesa.

—Ya lo ves: me arreglo para ir al parque á ocuparme de ti.

—¡Ah!... ¡cuánto te agradezco!... Mientras tanto dor... dormiré.

—Como gustes. Pero antes dime el verdadero nombre de Jagon.

—¡Calle!... ¿No te lo he dicho?

—No.

—¡Es particular!... Yo creía... Cuando vuelvas te lo diré. Ahora no lo recuerdo; tengo mucho sueño.

El jardinero se adelantó hacia Loustalot, y sacudiéndole por un brazo le dijo:

—No dormirás sin haber antes hablado. ¿Cómo se llama? ¡Quiero saberlo!

—¿Me prometes no decir nunca á Jagon que te lo he revelado?

—Te lo juro.

—Pues bien. Se llama... Si... Si... Si... Simonnet.

—¿Simonnet?

—Eso. Déjame dormir.

—Duerme hasta mañana si quieres. Cierro. Si golpean, si me llaman, no abras.

—Tú lo has dicho—murmuró *La Jugeotte* desplomándose sobre la mesa.

Carlos Papin salió; cerró la puerta, anduvo su camino de doscientos metros y entró por un sendero hacia la derecha que debía conducirle al pueblo. No era el camino del parque, donde había dicho que se dirigía, sino el de la estación, donde realmente entraba.

Algunos minutos después, el tren de las seis le conducía á Paris. Ya en la calle de San Lázaro, entró en una peluquería para cortarse el pelo y la barba. Después, sin preguntar su dirección, sin vacilar, se dirigió á la calle de Surresnes y se paró ante la casa de la Gran Florina.

XXVIII

Quando el jardinero de Maisons-Laffitte se presentó á Florina, que acababa de comer, hallábase ésta sentada en una butaca á la chimenea.

Habían pasado tres meses desde su conferencia con Lorenzo, y en este tiempo se había operado en ella una transformación que le favorecía. De mujer ligera había llegado á ser agradable, y le faltaba poco para pasar por hermosa. La dicha embellece, dicen, y ella era dichosa.

En efecto, la casa de comercio que había fundado con el marqués de R... marchaba viento en popa. Deseosos de enriquecerse uno y otro, y de retirarse de los negocios lo antes posible con un inventario seguro, alentados por sus primeros éxitos, habían extendido el campo de sus operaciones y todas daban excelentes resultados.

Los dos socios, que no trabajaban sino en grande, desdenaban los pequeños negocios y habían realizado ya sumas muy considerables; y como las notas enviadas por Jagon á su discípulo, lejos de agotarse aumentaban cada día con documentos nuevos, todo hacía esperar que la casa Bonnin y C.^o llegaría en breve al apogeo de la prosperidad.

A medida que aumentaban su fortuna el marqués de R... y la Gran Florina, veían alejarse poco á poco sus temores: Roberto de Meillant, consagrado por completo á su amor por Juana Guérin, parecía haberse olvidado de José Blanchard. Jamás hablaba de él, y el pequeño vizconde había adquirido la evidencia de que ya no conversaba, como antes, con el juez de Instrucción, el defensor del condenado y el notario de Claudio Guérin. Pronto, sin duda, daría su mano á su prima y se establecería en

las colonias, llevándose á Zoé Lacassade, y quizás á Sofia Blanchard, únicas personas que tenían interés por el forzado de Nueva-Caledonia.

Mientras el suceso se realizaba, Juana Guérin, su amiga, y la mujer de Blanchard vivían en la calle de Châteaudun, núm. 39, en uno de los numerosos departamentos ocupados anteriormente por Lorenzo, y que, por indicación de Florina, había puesto en alquiler. Este nuevo domicilio podía comunicar, en caso de necesidad, con el que Lorenzo conservaba en la calle de la Victoria, y merced á esta misteriosa comunicación, conocida sólo de los dos socios, hallábanse en aptitud de emprender muchas empresas y de combatir un peligro muy cercano.

Florina estaba tranquila por su parte: el reposo de Lorenzo no parecía amenazado, y ella confiaba en ser la única conocedora de la complicidad de Jagon.

En estos pensamientos, sentada en una butaca, envuelta en un magnífico peinador, le sorprendió el aviso de su doncella anunciándole que deseaban verla.

—¿Quién... un hombre ó una mujer?...

—Un hombre.

—¿Ha dicho su nombre?...

—Se ha negado á decirlo.

—Que pase.

Los que nada tienen que ocultar, los de existencia regular y recta, pueden sustraerse á las visitas importunas; pero en una situación ambigua, cuando se lleva una vida misteriosa y obscura, la puerta está abierta para todos.

El desconocido entró, acompañado de la doncella, sin vacilación.

Miróle Florina, sorprendióse ante su presencia, y después, repuesta, dijo con voz algo alterada:

—¡Calle! ¿Tú aquí? ¿De dónde sales?... No te esperaba. ¿Qué te trae por aquí?

—Tengo que hablarte—dijo Carlos Papin.

Era el jardinero de Maisons-Laffitte. Pero su blusa de paño negro, sus botas lustrosas y sus cabellos y barba peinados con esmero le daban más aspecto de aldeano que de jardinero.

Florina le miraba de soslayo y no le encontraba del todo mal, á pesar de sus cuarenta años cumplidos, sus anchas espaldas, su robusto pecho y sus nervudos brazos, que acusaban una fuerza muscular extraordinaria.

—¿Qué haces ahí de pie?—dijo Florina;—Siéntate. ¿No estás en tu casa? Aquí, á mi lado.

Carlos permaneció en pie.

—¿Tienes miedo?

—Sí—murmuró;—estás más hermosa que nunca.

—¿De veras? Todos me lo dicen. Estás de acuerdo con todos, y no regaño contigo.

—Era muy desgraciado por ti, y hubiera concluido por volverme loco.

—¿Y ahora estás más tranquilo?

—Sí, porque no te veo.

—¡Pobrecillo!—dijo sonriendo.—Cierto es que te he hecho sufrir; pero ¿por qué quisiste casarte conmigo?

—Porque te amaba.

—¡Me amabas!... ¡me amabas! Bueno. Pero debiste comprender que yo quería salir de la clase en que había nacido, que era muy bonita, bastante inteligente para sujetarme toda la vida en el fondo de una aldea, al lado de padres labradores y de un marido mozo de jardín. ¡Qué quieres!... no es culpa mía. Amo lo esplendoroso, lo que embriaga... los perfumes, la seda y la luz.

—Las flores que cultivaba para ti, también tenían su perfume. Tenían colores más frescos que tus trajes de seda, y el sol que iluminaba mi choza, más rayos que tus espejos y tus luces.

—Es cierto; pero la naturaleza y la verdad no me dicen nada. Lo falso, lo que suena, me seduce. Prefiero una alhaja á una flor natural, y el brillo de un salón al sol de que me hablas.

—Ya traté de proporcionarte todo eso. Un día robé á mis amos y te entregué el oro robado. Lo aceptaste, y poco después me abandonabas.

—Para bien tuyo: gastado el dinero, no quería exponerte á un nuevo robo. El primero no fué descubierto; el segundo podía llegar á serlo, y esto era la cárcel para ti, quizás el *Baño*... y yo no merecía tanto. Por eso me separé de ti y vine á París á vivir por mi cuenta, bajo el nombre de Florina. Lejos de mí has podido llegar á ser hombre honrado. Uno y otro hemos seguido nuestro destino. Tú naciste para ser obrero... ó trabajador; yo para ser mala. Era preciso que nos separáramos. El día en que te abandoné, realicé una buena acción.

No me la perdones; quizás me la tenga en cuenta Dios. Es la única, y por lo mismo la cuenta será fácil de hacer.

—¿Y si yo te hubiera matado, puesto que tenía derecho para ello?—dijo Carlos repentinamente.

—Jamás me he preocupado de ello. Eres demasiado fuerte y valiente para matar á una mujer. Sólo la matan los débiles, los pequeños, los miserables, los cobardes. Aparte de que no tienes voluntad y no resuelves; lloras, te quejas y nada más.

Y mirándole fijamente continuó:

—Quizás hayas variado y tal vez vienes hoy para vengarte.

—No. Sería tarde. Vengo á otra cosa.

—Habla. Siéntate á mi lado y hablemos.

XXIX

Carlos Papin dudó algunos instantes; después tomó bruscamente su partido, aceptó el sitio que se le había ofrecido al pie de la butaca, y dijo con precipitación y en tono enérgico, como si tuviera vivos deseos de terminar pronto:

—No hace muchos momentos he recordado que en un instante de delirio, por satisfacer tus caprichos, había robado. Tú lo supiste después, cuando el dinero había desaparecido, y para abandonarme afectaste despreciarme y

declaraste que no podías vivir con un ladrón. Pretexto y sólo pretexto para vivir aquí con tus amantes. Pero hablemos de otra cosa: no he de quejarme... ya no es tiempo de recriminaciones.

Florina escuchaba en silencio, sin apartar de él la vista.

—Conoces el robo, pero ignoras los detalles. Tengo un cómplice llamado Loustalot, jardinero como yo entonces. Partimos la suma. Comióse su parte, como tú devoraste la mía; pero hay que convenir en que no faltan de una casa cinco mil ó seis mil francos sin que se procure dar con el que los ha robado. Sospechóse de un buen hombre que no había hecho más que bien, que me había dado colocación cuando no tenía trabajo, y que fué sentenciado á cinco años de reclusión.

Después de una breve pausa continuó:

—¿Por qué he sido tan infame que consentí en que fuera condenado un inocente en vez de serlo yo? Desde el principio hasta el fin tuve esperanza de que sería absuelto. Confiaba en la Justicia y me decía: Magistrados, jurados, hombres ilustrados como éstos no pueden equivocarse. Será puesto en libertad, y yo conservaré la mía. ¡Mi libertad! Es decir, el derecho de verte á todas horas, en todas partes, y respirar el aire que tú respiras; pero tú me habías dominado, trastornando mi pobre juicio con tus aires de gran dama, con tu coquetería, tus desdenes calculados, tu inteligencia, tu infamia... ¡qué sé yo!

Y mirándola fijamente continuó:

—Naciste comediante: fingiste el papel de mujer de mundo conmigo, y yo me dejé engañar como un imbécil. Creía, estúpido de mí, que era el marido de una gran señora, y me postré ante ti y besé tus pies. ¡Estaba loco!

Halagada Florina en su amor propio sonrió y dijo:

—¡No tan loco!

Carlos adoptó una nueva postura y prosiguió:

—El castigo no tardó en venir. Cuando se acabó el dinero, huiste. Hace poco decías que no me hubiera atrevido nunca á matarte: estás en un error. Te perseguí, te busqué, y si hubiera dado contigo... Pero tenías miedo y te ocultabas, viajabas con algún necio rico del país. Tu sed de lujo estaba satisfecha. Cuando, más adelante, te encontré, aún te amaba... Te amo aún, pero más tibiamente: mi primer impulso ha pasado... Luégo has representado la mujer arrepentida, me has vencido de nuevo y he caído bajo tus garras.

—¡Oh! ¡garras bien dulces!—dijo Florina.

—¡Calla! ¡calla!—exclamó Carlos.—No recuerdes eso. Si hubiera aceptado la posición que me ofrecías, hubiera sido más infame que cuando robé por ti. Vivías ya en esta casa: te dignabas recibirme, pero sólo cuando te convenía, y yo pasaba por todo esto, yo... tu marido. Tenía un solo pensamiento; pasar algunas horas contigo, vivir junto á ti y embriagarme con tus encantos.

—¡Luego no eras tan desgraciado!

—Sí, lo era—dijo paseándose por la habita-

ción,—porque me recibías por temor á un escándalo que hubiera perjudicado tu posición.

—Te engañas: te recibía en recuerdo de nuestros primeros amores, y, si tú hubieras querido, las cosas habrían continuado así. Siempre que venías, olvidabas en un momento tus penas de la semana. No tenías, por cierto, mucho de qué quejarte. Al casarnos cometimos un error. No éramos el uno para el otro moralmente, porque intelectual y físicamente nos completábamos. Tú ganaste á mi lado. Ya no eres el aldeano ni el mozo de huerta de hace tiempo. Hablas como la generalidad de las gentes y te expresas como un caballero. Estás mejor educado que la mayor parte de los elegantes del día. Había encontrado un medio ingenioso de corregir la falta que habíamos cometido uniéndonos. No era la mujer de un jardinero, idea que repugnaba á mi vanidad. No sufría la pobreza, á la que no he podido acostumbrarme nunca; pero era la querida de un guapo mozo que no me desagradaba... y así debería procederse en la vida siempre... A veces, el marido insufrible hacía un amante perfecto. Pero tú no comprendías esto, y, al desarrollar tu inteligencia, desarrollé también tu amor propio y tus sentimientos delicados. Sentiste la dignidad, y un hermoso día, que siguió á una noche no menos hermosa, desapareciste para no volver. Hoy te arrepientes sin duda de tu larga ausencia. Tengo mucho que hacerme perdonar de ti... Ven enhorabuena.

Carlos se levantó repentinamente para evitar su contacto.

—No he venido para eso—dijo.

—¿Para qué entonces?

—Para pedirte un favor.

—Habla.

—Te he dicho que ha sido condenado en mi lugar un hombre... José Blanchard.

—¡Ah!

—¿Le conoces?

—No, no le conozco. ¿Cómo he de conocerle?

—Ese desgraciado—dijo Carlos,—después de haber cumplido su primera pena, ha sido comprometido nuevamente en un asunto criminal... en el asesinato del boulevard Bessière. ¿Has oído hablar de ese crimen?

—Sí—dijo con aparente indiferencia Florina.—Un estrangulamiento, si no estoy mal informada.

—Justo. Blanchard ha sido condenado á trabajos forzados á perpetuidad, como cómplice de un llamado Jagon.

—Perfectamente. Recuerdo el proceso. ¿Qué puedo hacer por él?

—Puedes amortiguar mis remordimientos, devolverme el reposo, la tranquilidad, el sueño, porque sufro hace mucho tiempo, y sufro ahora más que nunca ante la idea de los tormentos de ese desdichado.

—Que en otro tiempo hayas sufrido, lo comprendo; pero hoy... ¿qué tienes que ver con su segunda condena? No tendrás participación en el crimen de que hablas, ¿verdad?

—¡Oh, no!—dijo Carlos.—No. Una sola vez he sido culpable en mi vida... pero él no ha

cometido ni el primero ni el segundo de los crímenes.

—¿Por qué lo crees?

—Tengo la más completa seguridad. Es un hombre honrado, no me cabe duda, y ha sido condenado por un asesinato por haberlo sido antes por robo.

—Bueno. ¿Y qué favor esperas de mí?

—Que me ayudes á hacerle salir de la cárcel.

—No tengo influencia para tanto.

—Sí, conozco el gran mundo: tú puedes mucho... Deben existir medios. Tus amigos, más instruídos que yo, te lo dirán. Hay en esto un misterio que podemos aprovechar.

—¿Qué misterio?

—Jagon no ha sido juzgado bajo su verdadero nombre.

—¡Ah!—exclamó Florina levantándose.—¿No se llama Jagon?

—No.

—Entonces ¿cómo se llama?

—Simonnet.

XXX

Este nombre fué una revelación para Florina. Jagon llevaba el mismo nombre que Matilde. ¡Esta era, pues, su aliada, su pariente, su hija quizás! Los misterios que no había penetrado Florina se despejaban como por encanto. Las

nubes que le ocultaban la verdad acababan de desaparecer. Con su inteligencia activa, su espíritu penetrante, comprendía, recogía, veía todo lo que hasta entonces no había alcanzado á ver. Sabía, sí, hacía mucho tiempo que Lorenzo era el cómplice de Jagon; pero su asociado no había confesado nada respecto del asunto y ella no tenía pruebas reales contra él. El nombre de Simonnet, oculto con tanto cuidado á la Justicia y á todos, y que surgía de repente, establecía del modo más concluyente las relaciones de los dos hombres, de los dos criminales. Matilde servía de lazo de unión entre ellos. Los encadenaba por decirlo así. Ella explicaba, revelaba su crimen. El padre por una parte, y por otra el amante que debía llegar á ser marido, se habían asociado para asesinar al capitán Guérin. Esto era evidente.

Y, gracias á la viveza de su imaginación, Florina veía, no sólo el asesinato, sino también los detalles. Explicábase la conducta de Simonnet sacrificando á un inocente, comprometiendo y perdiéndole por salvar al hombre amado de su hija. El carácter de Simonnet se dibujaba.

Lo esencial para Florina era ahora que su marido no reconociera la importancia que concedía á esta revelación. Así es que, después de haber reflexionado, dijo tranquilamente:

—¡Simonnet! ¿El asesino Jagon se llama Simonnet? ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Ha sido reconocido en el Depósito de los condenados por uno de sus antiguos camaradas, con el que había vivido en otro tiempo en París.

—¿Entonces hay otro que conoce ese secreto?

—Sí... Loustalot... pero no lo revelará jamás... Teme extraordinariamente á Jagon.

—¡Oh!... importa poco que le delate ó no. El nombre de Simonnet no tiene significación particular, y no enseña nada á nadie.

—Perdona; nos servirá de mucho si queremos, ó mejor si tú quieres, porque yo no puedo hacer nada.

—Yo haré todo lo que quieras... ¡pero dime qué!

—Avisar á la Policía y á la Justicia. Se ha hecho poco para fijar la identidad de Jagon, puesto que ha sido conducido á todas las cárceles de París y el señor Claude interrogó por espacio de más de una hora á Loustalot. Había interés en consignar la verdad, mas no pudo llegarse á su conocimiento. Nosotros lo sabemos. Demos parte del hecho á aquellos á quienes interese.

—Sí, quizás tengas razón. Conozco hombres de ley, abogados, magistrados. Les hablaré del asunto, y, si hay medio, salvaremos á tu pobre Blanchard.

Florina estaba junto á la chimenea. Carlos se aproximó, le cogió las manos y dijo con calor:

—Si haces eso, te perdonaré muchas cosas. No vivo sino con esta idea: librar á ese desdichado... procurarle algún bien después de tanto daño como le he hecho. Si vuelve á París, iré á buscarle y le diré: *¡Yo fui el que en otro tiempo cometió el crimen; por mí has estado tanto en la cárcel! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No*

me maldigas! He sufrido tanto como tú y me arrepiento con toda mi alma.

Dejóse caer en una silla, é inclinado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, la barba apoyada entre sus manos y los ojos fijos en Florina, exclamó:

—¡Ah! ¡No me perdonará! ¡no puede perdonarme! No sufría solo... ha hecho sufrir á otros... tenía una niña, y la inocente murió cuando su padre estaba en la cárcel. Lo he sabido después. Y su mujer, que la adoraba... ¡Infeliz, cuánto ha llorado! Una de sus amigas me ha contado su desesperación, y al escucharla lloré también... como lloro ahora.

Enjugó dos lágrimas que corrían por sus mejillas y añadió:

—A ésta, al menos, he podido prestarle un servicio, y cuando sepa mi falta no se atreverá á maldecirme. Le he salvado la vida.

—¿Tú?—dijo Florina, que oía sin conmoverse á su marido, pero con viva atención.

—Sí, yo. Un día... del otoño pasado, sabía que Blanchard había sido juzgado la víspera por su segunda causa. Estaba impaciente por conocer el resultado del proceso, y este deseo me trafa inquieto, alterado. Abandoné mi trabajo, partí hacia París y me encaminé al Palacio de Justicia. Creía que así tendría antes las noticias que buscaba. Al llegar á la Mégisserie estalló una tempestad. Traté de ponerme á salvo y penetré en un lavadero; á poco rato oí gritar á un niño: *¡Aquí, aquí!... ¡uno que se ahoga!*, y señalaba á la orilla. Inmediatamente entré en una barca que preparaba un marinero. Nos

orientamos y vimos flotar sobre las aguas un cuerpo. Nos acercamos, y en el momento mismo en que íbamos á alcanzarle desapareció arrastrado por la corriente. Mi compañero dudó un instante, que aproveché para arrojarme al agua, y fuí tan feliz que logré salvar á la triste que se ahogaba. ¡Era la mujer de Blanchard!

Detúvose un momento para descansar y continuó:

—Supe quién era mucho tiempo después... cuando dió su nombre á un guardia. En el lavadero se murmuraba; me acerqué y oí que Blanchard había sido condenado el día anterior á trabajos forzados á perpetuidad. Entonces comprendí. Su mujer, desesperada por esta nueva condena, había atentado contra su vida. Abruñado por el dolor me decía: *¡Qué favor tan triste le he hecho!... ¡No hubiera sido mejor dejarla en el fondo de las aguas?... Sus males hubieran así concluído.* Me llamaron: no contesté. Vinieron en mi busca. La mujer de Blanchard quería darme las gracias. ¡Ella! Fué preciso verla. Me tendió sus manos. Yo no me atrevía á estrecharlas. ¿Qué pasó entonces? No lo sé. Tan avergonzado estaba, que no recuerdo si me impulsaron hacia ella y recibí su abrazo. Quisieron pagar mi arrojó dándome una prima de salvación para recompensarme por el bien hecho á aquella desgraciada; pero me negué. Desaparecí, é hice mal, porque ahora no sé qué ha sido de ella. Si lo supiese me presentaría para decirle: *Creo haber descubierto algo importante... el nombre de Jagon. Se llama Simonnet. Quizá pueda seros*

útil saberlo. Ved á los jueces... ved á la Policía. Hay aquí algo de misterioso que podéis aprovechar. Pero no sé dónde se encuentra.

—Tal vez llegue yo á saberlo—dijo Florina.

—Eso he creído. Tú intentarás encontrarla. Le dirás lo que sé, la ayudarás y pondrás á todos tus amigos en acción... ¡Ah! ¡si pudiéramos salvar á su marido! Piensa en que esto te interesa, y que le debes tu protección y tu agradecimiento. Sin ti, yo no hubiera robado; sin nosotros, Blanchard no hubiera sido reducido á prisión otra vez... y hoy no estaría en el *Baño*.

Florina comprendió que era necesario inspirarle confianza, y contestó con calor:

—¡Cuenta conmigo, cuenta conmigo! Le salvaré... te lo prometo.

Y, aprovechando la situación con su habilidad acostumbrada, fingió profunda emoción, se acercó á su marido, le cogió las manos y le miró con ojos llenos de lágrimas.

Renunciaba á su primera táctica. Sus coqueterías cambiaban de forma y adoptaba un nuevo plan. Después de haber tratado de captivar á su marido por los sentidos, intentaba ganarlo por el corazón; y el pobre hombre, siempre amoroso, según su espontánea confesión, veía caer por tierra sus más firmes resoluciones. Un año de separación le había hecho fuerte: un momento al lado de su adorada le hacía tan débil como antes.

Al separarse de ella estaba completamente dominado. Florina había llegado al resultado

apetecido; inflamar su pasión para que pensase menos en Blanchard, é inspirarle bastante confianza para que el asunto lo dejara de su cuenta.

XXXI

Como tantos otros, Florina pensaba por la mañana, descansada de alma y de cuerpo, en aquellos asuntos del momento que la ocupaban, y tomaba sus resoluciones. Al día siguiente de la visita de su marido despertó á eso de las nueve, y, muellemente reclinada al borde de su lecho y bien abrigada, empezó á reflexionar.

Preguntóse en primer término si debía ó no levantarse al punto, vestirse é ir á casa del marqués de R... Era evidente que gozaría de algún contento al decirle:

—En vez de tener en vuestra asociada completa confianza, os hacéis el misterioso, querido marqués... hasta el punto de que la casualidad se encarga de darme á conocer vuestros secretos. Ha tiempo adiviné, gracias á nuestro encuentro en el tribunal y á varias otras circunstancias, que erais cómplice del asesino Jagon, que he descubierto se llama Simonnet, y de quien sois cercano pariente... En verdad, querido, que hubierais ganado más diciéndome todo y dejando á mi cargo el cuidado de velar por vos. Para sacaros de tal aprieto no os estorbo en verdad; porque, no os hagáis